
Las siete columnas: el autor pide la palabra

The Seven Pillars: the author asks to speak

MIGUEL GONZÁLEZ
SOMOVILLA
PERIODISTA

*Ya no amamos lo que pasó,
y lo que viene está aún lejano y confuso.*
(Wenceslao Fernández Flórez
Prólogo de *Las novelas del espino en flor*, 1940)

Recibido: 07/11/2021

Aceptado: 09/01/2022

Resumen

Wenceslao Fernández Flórez (WFF) proclamó reiteradamente su desacuerdo con las interpretaciones “miopes” que bastantes críticos y lectores hicieron de *Las siete columnas* (1926).

Tras experimentar durante un lustro los beneficios de la desaparición terrenal de los pecados capitales y sus correspondientes tentaciones –fruto de una petición del ermitaño Acracio Pérez a Satanás–, el personaje Florio Oliván concluye: “Los siete pecados capitales eran las siete columnas que sostenían el edificio social, la civilización, el progreso. (...) Cayeron los siete recios pilares, y todo cayó. La humanidad se debate ahora entre ruinas”.

Con el paso del tiempo, WFF negó defender esta última tesis: “... resulta diáfano lo que he querido afirmar [en la novela]: que somos así, pero que no debemos ser así”. El autor desoye a Oliván –y a la multitud que ruega al demonio: “¡Vuélvenos al pecado!”– y se pone del lado del anacoreta Acracio: “No es verdad que el hombre no pueda vivir sino en el mal y por el mal. Serán esta humanidad y esta civilización”.

Además de los matices *a posteriori* sobre el sentido original de la obra, en algunas ediciones de los años cuarenta se suprimieron de *Las siete columnas* seis páginas que parodian la estrategia y el valor de los ejércitos.

Palabras clave: Satanás, pecado, tentación, autocensura, Wenceslao Fernández Flórez.

1. Arrepentimientos, interpretaciones y silencios

Wenceslao Fernández Flórez (1885-1964) fue proclive a ciertos arrepentimientos literarios, casi nunca irreversibles y tal vez algo teatrales. Cuando ya estaban en la calle los primeros ejemplares de *Volvoreta* (1917), con una luminosa cubierta ilustrada por su amigo Alfonso Rodríguez Castelao, el escritor se acercó a la Librería de Pueyo –en el número 19 de la calle madrileña de la Abada– para comunicar un desistimiento amistoso: no quería recibir el pago de sus honorarios por la obra. El autor sentía que se había engañado a sí mismo y, por ende, a los editores:

–Yo creía haber escrito una buena novela –continué–. Ahora acabo de examinarla con atención y no me gusta.

Me contemplaron con asombro.

–Lamentablemente –dije– el libro está impreso y nada se puede hacer para evitarlo. Estimo un deber de conciencia el avisarles de que renuncio a lo que hemos estipulado que cobrase por ella como derecho de autor. (Fernández Flórez, 1956, 8)

Los editores procuraron calmarlo y su jefe, Pedro Pueyo, le tranquilizó con una premonición comercial: –No se preocupe –me dijo–. Todo se vende.

Y así fue. *Volvoreta* se convirtió en un gran éxito: “Fue el libro que me situó como novelista”, reconocía WFF. Algo similar a ese primer titubeo, pero aún en la fase de escritura, le sucedió con la obra

Abstract

Wenceslao Fernández Florez (WFF) repeatedly proclaimed his disagreement with the *myopic* (short-sighted) interpretation made by several critics and readers about *Las siete columnas* [*The Seven Pillars*, 1934] (1926). After experiencing for five years the *benefits* of the earthly disappearance of the seven deadly sins and their corresponding temptations –fruit of a request to Satanas from the hermit Acracio Pérez–, the character Florio Oliván ends: “The seven deadly sins were the seven pillars that hold the social building, the civilization, progress. (...) The sturdy seven pillars collapsed, and everything collapsed. The mankind lives itself now among ruins”.

As times goes by, WFF reject to defend this last thesis: “...it is clear what I wanted to say [in my novel]: that we are like that, but that we should not be like that”. The author disregard Oliván –and the crowd praying the devil: “Return us to sin!”– and he stands himself on the side of the hermit Acracio: “It is not true that the man cannot live except in the evil and for the evil. It’ll be this mankind and this civilization”.

In addition to a posteriori nuances about the original meaning of his novel, in some editions in the forties, six pages of *Las siete columnas* were erased, that parody the strategy and courage of the army.

Keywords: Devil, sin, temptation, self-censorship, Wenceslao Fernández Flórez.

que aquí nos ocupa, *Las siete columnas*, aparecida en 1926 y distinguida con el Premio Nacional de Literatura:

–No puedo olvidar que hace algunos años abrí en una madrugada las hojas de mi balcón para arrojar a la calle las doscientas cuartillas que tenía escritas de *Las siete columnas* porque estaba insatisfecho de ellas. Y, sin embargo, ese fue el libro mío que tuvo más lectores, el que elogió más abundantemente la crítica y el que se tradujo en mayor número de idiomas. (Fernández Flórez, 1940, 7)

Esas dudas sobre su trabajo, a pesar del gran respaldo recibido por el público lector, se mantuvieron a lo largo de la vida de WFF. Forman parte de un sentimiento de descontento y frustración estudiado a fondo por José-Carlos Mainer¹ en su obra de referencia sobre el escritor, ya un clásico: *Análisis de una insatisfacción: las novelas de Wenceslao Fernández Flórez* (1975).

Insatisfacción no supone necesariamente inseguridad. Fernández Flórez, escritor bien remunerado y reconocido en una época en que pocos literatos podían vivir holgadamente de la pluma en nuestro país, mantuvo intacta una considerable dosis de vanidad y autoestima profesional. Estaba convencido de lo que hacía y también de que sería recordado por ello con el paso del tiempo: “... aunque transcurra un puñado de años, cuando se hable del humor en España habrá que citarme” (Fernández Flórez, 1945, 9).

1.1. ETAPAS CREATIVAS

Fernández Flórez, cuando ya frisaba la cuarentena y había conseguido el favor de miles de lectores, notó que su “posición ante la vida se había hecho más apasionada”. Condenó al olvido definitivo sus versos juveniles –“una labor, afortunadamente, desconocida”– y quiso desprenderse del éxito alcanzado, en 1917, por las andanzas de su *alter ego* Sergio Abelenda, aquel gacetillero tímido y sin instinto reporteril. “Durante varios años mi aspiración fue escribir una novela mucho mejor, que me

¹ El origen del libro, publicado por Castalia, fue su tesis doctoral sobre WFF. José-Carlos Mainer amplió posteriormente sus análisis sobre el autor coruñés en distintos artículos y en sus ediciones de *Volvoreta* (Cátedra) y *El bosque animado* (Austral).

librase de ser llamado, en las citas periodísticas, *el autor de Volvoveta*”, según confiesa en el prefacio de *Mis páginas mejores* (1956).

Hace ahora un siglo, en los años veinte de la anterior centuria, Fernández Flórez cayó en la misma tentación que muchos historiadores y críticos –su bestia negra– y dividió su carrera literaria en distintos periodos. Aseguró haber agotado dos etapas hasta entonces, la de poeta precoz y la de narrador más o menos convencional de males propios y ajenos, próximo a los postulados del naturalismo. Empezó después una tercera fase, a la que pertenecen por derecho *El secreto de Barba Azul* (1923) y *Las siete columnas* (1926), enmarcadas en una suerte de “costumbrismo utópico” (Mainer, 1975, 202-368). Al amparo de esta etiqueta caben gran parte de sus títulos posteriores, salvo los relacionados con la guerra civil² española, los artículos periodísticos³ y otros libros producto de las circunstancias (viajes, fútbol, tauromaquia) y difíciles de clasificar.

Si nos atenemos a sus propias palabras, el escéptico y a menudo contradictorio don Wenceslao creyó posible entonces, cuando ya su “madurez destilaba ideas de los hechos”, cambiar el mundo –su mundo– con juegos de palabras. Y lo procuró hacer mediante una serie de historias teñidas de humor sarcástico, irreverente y, hasta cierto punto, defensivo: sátiras, fábulas, alegorías, cuentos, moralejas, parábolas... que cada cual interpreta a su modo o según su conveniencia, incluido el propio autor.

² Tres obras de WFF están relacionadas directamente con su experiencia durante la guerra civil española: *O terror vermelho* (1938, Lisboa, Empresa Nacional de Publicidade), *Una isla en el mar rojo* (1939, Madrid, Ediciones Españolas) y *La novela número 13* (1941, Zaragoza, Librería General). *O terror vermelho*, embrión de *Una isla en el mar rojo*, apareció en portugués, con crónicas de WFF procedentes del *Diário de Notícias*, traducidas por José Augusto. Van precedidas de un prólogo de diecisiete páginas, con diversas alusiones a Galicia y al “glorioso Franco”, firmado por WFF. Ediciones 98 (Madrid) reeditó en septiembre de 2021 *Una isla en el mar rojo* y *El terror rojo*, esta última por primera vez en español. Tanto *Una isla en el mar rojo* como *La novela número 13* forman parte del tomo IV de las *Obras Completas* de WFF (1945-1964, Madrid, Aguilar).

³ Sus crónicas parlamentarias aparecieron reunidas, en diferentes ediciones, bajo el mismo título que la sección firmada en ABC: *Acotaciones de un oyente*. Ocupan, junto con *Impresiones de un hombre de buena fe*, los tomos V, VIII y IX de sus *Obras Completas* e incluyen artículos fechados entre el 20.2.1914 (“Mientras hablan”) y el 17.7.1936 (“Tópicos con joroba”).

... pasados los años no me conformé con ejercitar mis condiciones de narrador (...). La novela es, verdaderamente, un arte de experiencia. Ya no quería precisamente relatar las acciones y los sentimientos humanos, sino intervenir en ellos para intentar modificarlos con arreglo a mi opinión y mis reacciones, a mi carácter, a mi visión de lo bello, de lo justo y de lo feliz. Sentí la necesidad de cerrar contra aquello que me descontentaba, y como en mi temperamento el grito, el denuesto y el frenesí no encuentran devociones, mi prosa siguió el cauce de la burla. (Fernández Flórez, 1940, 10)

La frase, lo mismo que la cita inicial que encabeza este artículo, procede del prólogo dedicado a las tres obras incluidas en *Las novelas del espio en flor* (*El secreto de Barba Azul*, *Las siete columnas* y *Relato inmoral*), reunidas en 1940, dentro de un solo volumen: “Son tres novelas hermanadas por un mismo afán literario y un mismo afán satírico. Púas hirientes entre la trabajada blancura de una labor de arte. Pudiéramos llamarlas por eso las novelas del espio en flor” (Fernández Flórez, 1940, 14).

En esta introducción, de apenas siete páginas, WFF ya admitía la dificultad de ejercer la autocrítica: “El autor suele equivocarse al enjuiciar su labor, porque él juzga el acierto por la menor distancia que existe entre lo que quiso hacer y lo que hizo, mientras que el público tan sólo puede apreciar lo que verdaderamente aparece” (Fernández Flórez, 1940, 7).

Este antiguo debate –entre lo que publica el escritor y lo que entienden los lectores o la crítica– enlaza directamente con la complejidad de los procesos de interpretación. La intención primera del firmante de una novela suele ser recibida de forma muy distinta por quienes se acercan a sus páginas con ojos nuevos, ajenos a los deseos primitivos de su creador. Inevitablemente, los lectores sienten cierto derecho de *propiedad* sobre la obra, que, en el fondo, ya les pertenece como destinatarios desde que llega a sus manos. No obstante, el autor puede recrearla o reescribirla mentalmente, por razones diversas, con el paso del tiempo. Ese camino, tan lícito como subjetivo y vidrioso, deriva con frecuencia en arrepentimientos, reinterpretaciones y autocensuras más o menos evidentes.

1.2. LECTURAS DIVERGENTES

¿Ocurrió algo así con *Las siete columnas*? Si tenemos en cuenta la fecha de la primera edición de la obra, año 1926, sorprende que no sea hasta los años cuarenta del siglo xx cuando WFF pida y tome públicamente la palabra para hablar de ella. Empieza entonces a advertirnos, y con cierta insistencia, sobre el *auténtico mensaje* del libro, en su opinión incomprendido por numerosos críticos y lectores, que yerran en la conclusión: “Han supuesto que en esta novela propugno la tesis de que sería imposible la vida social humana sin la intervención frecuente de los siete pecados capitales como motor de nuestras acciones. Nada más lejos de mi intención”, señala WFF en el mencionado prólogo de *Las novelas del espino en flor*.

Con la única pretensión de arrojar algo de luz sobre este curioso y paradójico recorrido editorial, sin ánimo polémico ni propósito meramente especulativo –y con toda la consideración y respeto hacia las explicaciones y justificaciones del autor–, vamos a hilvanar las siguientes líneas.

Según la doctrina católica, en la que se inspiran *Las siete columnas*, la fijación de la actual lista de los siete pecados capitales se remonta a la Edad Media:

Los vicios pueden ser catalogados según las virtudes a que se oponen, o también pueden ser referidos a los *pecados capitales* que la experiencia cristiana ha distinguido siguiendo a san Juan Casiano (*Conlatio*, 5, 2) y a san Gregorio Magno (*Moralia in Job*, 31, 45, 87). Son llamados capitales porque generan otros pecados, otros vicios. Son la soberbia, la avaricia, la envidia, la ira, la lujuria, la gula, la pereza. (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1997, artículo 8, 1866)

La recreación literaria de estos vicios, muy presentes ya en el Purgatorio de la *Divina Comedia* de Dante, ha tenido diferentes reflejos artísticos a lo largo del tiempo, especialmente en el ámbito de las letras y de la pintura⁴: Bernard de Mandeville,

⁴ En la historia del arte y de las letras, desde tiempos remotos hasta la época actual, abundan las alusiones a los pecados cardinales o capitales. De las referencias clásicas son especialmente citadas, por su valor, las diversas obras pictóricas atribuidas a Jheronimus Bosch (El Bosco) o a su taller, entre ellas la *Mesa de los pecados capitales* conservada en el Museo del Prado. Sobre las

Gustave Flaubert, Eça de Queiroz, entre otros, escribieron obras emblemáticas sobre la cuestión, aunque desde ópticas distintas.

La historia narrada en *Las siete columnas* es una suerte de distopía, una transformación del mundo conocido hasta los inicios del siglo xx, que se convierte súbitamente en otro planeta, libre de tentaciones y pecados, por intervención diabólica. Pero, al cabo de los años, el experimento –iniciativa del ermitaño Acracio Pérez, que vivía aislado en la montaña en busca de la santidad, pero con miedo a pecar de soberbio por desear tan elevada aspiración–; el experimento, decíamos, disgusta a casi todos, salvo al eremita.

El joven empresario Florio Oliván –antagonista del anacoreta de la novela, al que culpa de “haber destruido la felicidad de los hombres” con su peculiar ensayo religioso y social– desea el retorno del pecado y de las pasiones humanas. Eso mismo piden sus congéneres, una hueste de peregrinos que viajan dispuestos a lograr que Satanás les devuelva a la incertidumbre de antaño. Tal como se nos recuerda en el propio relato, “con los años, todos los males iniciados al desaparecer la Tentación, acrecentáronse”. Oliván anhela incluso la recuperación, entre otras pérdidas, del placer “de la compasión, el de la piedad hacia el malo; el de acoger al pecador y cuidarle amorosamente, como a un enfermo, y devolverle su alma limpia y fuerte” (Fernández Flórez, 1926, 316).

Sin embargo, WFF no quiere, en la vida real, dar pábulo a los cantos de sirena emanados de su libro ni amparar confusiones sobre el sentido último de su obra, un notable éxito de ventas que cuenta, además, con traducciones a otros idiomas. Por eso decide, a partir de 1940, *orientar* a los lectores de *Las siete columnas* con una serie de aclaraciones prolijas y reiterativas que no les dedicó a otros libros suyos, algunos aún más controvertidos. Y se lo indica cla-

relaciones entre *La fábula de las abejas* (Bernard de Mandeville, 1705) y *Las siete columnas* de WFF publicó un trabajo pionero José Atilano Pena, recogido en la bibliografía final. *La tentación de San Antonio* (1874), de Gustave Flaubert, y *Leyendas de santos* (1894), de Eça de Queiroz, son asimismo menciones obligadas para comprender la obsesión de los místicos con las amenazas del pecado y las argucias del diablo. WFF tradujo al español, en los años treinta, *Las más bellas páginas de Eça de Queiroz*, publicadas por Editorial Castilla. Incluyen la vida de san Cristóbal, pero no las de san Onofre y san fray Gil, que sí están en *Leyendas de santos*.

ramente al público, sin rodeos y por escrito, más o menos con estos consejos: lean ustedes bien el capítulo quinto de la segunda parte del libro, olviden las veleidades del iluso Florio Oliván y quédense solo con las reflexiones y vaticinios del ermitaño Acracio Pérez, el único que expresa lo que el autor (WFF) ha querido transmitir, pese a la ofuscación y ceguera de los críticos. Acracio, que ya lleva en su nombre y apellidos la penitencia⁵, no duda de su victoria final. “Yo he apartado a los hombres del mal. (...) El mundo estaba regido por los siete pecados capitales. Pocas eran las almas que estuviesen limpias de la lepra infernal” (Fernández Flórez, 1926, 305-306).

Extramuros, al margen ya de la trama de su propia novela, WFF añade argumentos, señala torpezas ajenas y toma partido por el ermitaño, a la vez que confía en el éxito real del sueño del anacoreta: una sociedad bondadosa y armónica, un mundo feliz, puede ser posible, en su opinión.

Para eliminar cualquier sombra de duda sobre los parajes en que tienen lugar las historias de *Los secretos de Barba Azul* y *Las siete columnas*, WFF nos aclara, de nuevo a toro pasado, que “no ocurre la acción en ningún país conocido, sino en uno que pudiera ser cualquiera. No son novelas españolas, sino terráneas. No son sátiras contra lo nuestro, sino contra lo de todos” (Fernández Flórez, 1940, 13).

1.3. SOBRE LAS CENSURAS

¿Por qué razón hace esa relectura? Los caminos de un novelista son tan inescrutables como los del Dios cristiano. La autocensura de un creador –que puede ejercerse en el momento de escribir o con el paso del tiempo, a través de la reinterpretación deliberada del texto– resulta difícil de demostrar, salvo que la admita el interesado, que no es lo habitual. La censura ajena, por el contrario, suele dejar huella en archivos y departamentos administrativos. Las tachaduras del lápiz rojo permanecen indelebles casi siempre.

WFF, iniciales con las que firmó⁶ muchos artículos, tuvo esporádicos tropiezos con la censura en

el transcurso de su larga vida profesional. Esos desencuentros ocasionales se dieron tanto en su faceta de brillante y audaz cronista parlamentario (1914-1936)⁷ como en su vertiente de literato, de novelista consagrado y popular ya desde la publicación de *Volvoreta* en 1917. Escribe Carlos Luis Álvarez (Cándido) en sus *Memorias prohibidas* que solía visitar “bastante, durante los últimos años de su vida”, al autor de *El bosque animado* (1943), quien “por entonces estaba muy irritado con la arbitraria y estúpida censura del Régimen [franquista]”.

Me contó que le habían censurado un cuento (creo que en *Semana*) en el que aparecía una señorita que llegaba a su casa a buena hora, se limpiaba los dientes y se acostaba, naturalmente sola. Como Fernández Flórez había tenido la ocurrencia de ir a protestar al censor, este le había recriminado con una sonrisa implacable: “¿Y las últimas oraciones”? Probablemente sería aquel jefe de censores, Juan de Dios, al que los funcionarios de la Dirección General de Prensa llamaban Juanito el Hostias porque siempre estaba blasfemando. (Cándido, 1995, 114)

Desborda los límites e intenciones de este artículo ahondar en las relaciones de WFF con la censura, de la que también conoció sus interioridades como miembro del organismo oficial que, con diversas denominaciones, controlaba los largometrajes exhibidos en las salas de proyección españolas. El actor Fernando Fernán Gómez, gran admirador de Fernández Flórez e intérprete genial de algunas de sus obras, rememora en *El tiempo amarillo* las razones que le llevaron a la casa del escritor, en el número 12 de la calle Alberto Aguilera de Madrid:

Visité al autor de *El Bosque animado* en dos ocasiones. Una para comprarle los derechos de adaptación al cine de su novela *El malvado Carabel* (...). Y la segunda para rogarle que viera con benevolencia,

⁵ “Imaginó el eremita que en el santoral no podría escribirse jamás su horrible nombre anarquizante, y que nadie se decidiría a rezar a un santo de tan vulgar apellido”. (Fernández Flórez, 1926, 11).

⁶ “Estas letras, hace un cuarto de siglo, bastaban para que todo lector viera en ellas el nombre completo de Wenceslao Fernández Flórez”. (Halcón, 1985, 3).

⁷ WFF escribió sobre la censura en distintos momentos de su vida periodística: “Muy difícil es ya que la prensa española vuelva a tener libertad. Los gobernantes de todos los matices han gustado las mieles de la censura. Tapar la boca de la prensa es como tapar la boca de la conciencia. Se vive mejor..., mientras se vive” (Fernández Flórez, 30.1.1935, *Acotaciones de un oyente*, LXXX, pp. 522-524, Editorial Prensa Española, 1962).

desde su puesto en la junta de clasificación de películas, la primera obra de Bardem y Berlanga. (...) Hablando como miembro de la junta clasificadora de películas dijo que lo malo del cine español era que olía a cocido. (...) Lo de que criticase que el cine español olía a cocido me dejó un tanto desarmado, pues la película que yo recomendaba, *Esa pareja feliz*, desde luego era de las que olían a cocido. Cuando me preguntó cuáles eran el tema y el ambiente de la película me esforcé en eludir la cuestión; no le vi muy dispuesto a apoyar películas de aquel estilo. (Fernán Gómez, 1998, 404-406)

2. Enmienda a críticos y lectores

Ya hemos advertido que Fernández Flórez, un auténtico superventas de libros en sus buenos tiempos, no tenía en demasiada estima a los críticos literarios, al menos a los que se ocuparon –en general lo ignoraron bastante– de su obra.

2.1. SER Y DEBER SER

Para dejar constancia de sus malas relaciones con la crítica, distanciamiento que nuestro autor procura subrayar con desdén en cuanto se le presenta la ocasión, WFF se plantea este asunto en una curiosa autoentrevista aparecida en *La Estafeta Literaria*⁸, publicación quincenal de la Delegación Nacional de Prensa. WFF se responde a sí mismo con bastante detenimiento:

–Me parece que deberíamos decir algo de la crítica. Es la moda...

–Tú sabes que yo deseo hablar de...

–Naturalmente.

–Pero no es a propósito de la crítica, tan sólo, sino también del público. No hay fenómeno tan extraordinario como el de la incomprensión de lo que pudiéramos llamar “masa” de lectores. ¿Cómo harán para no enterarse?

⁸ La autoentrevista de *La Estafeta Literaria* se publicó el 15 de julio de 1944 bajo el título *¡No, no más entrevistas!* Iba acompañada de un subtítulo esclarecedor: “Wenceslao Fernández Flórez, haciendo un esfuerzo de cortesía, contesta a Wenceslao Fernández Flórez”. El texto estaba incluido en la sección “Conócete a ti mismo. Cada escritor en crítica consigo”. La autoentrevista de WFF ocupa tres columnas de la página. La última de ellas recoge, casi íntegramente, sus opiniones sobre la interpretación errónea que ha tenido, a su juicio, la novela *Las siete columnas*.

Indica a continuación que va a comentar “un caso del que no hice nunca mención. Será la novedad de la interviú”, advierte. Luego veremos que no es tal porque ya había expresado, en ocasiones anteriores, su disconformidad con las conclusiones de críticos y lectores en torno a *Las siete columnas*. La primera de la que tenemos constancia –puede haber otras– figura en el prólogo de *Las novelas del espino en flor* (1940), publicado cuatro años antes que la entrevista de *La Estafeta Literaria*. También se refirió al mismo tema, y con palabras muy similares, en la introducción a sus *Obras Completas*, fechada en abril de 1945. En los prefacios de *Mis páginas mejores* (1956) –selección que incluye fragmentos de *Las siete columnas*– y de *Antología del humorismo* (1957) no hay alusiones expresas a esta cuestión.

Continuamos con la cita de *La Estafeta Literaria*, tal vez la más explícita de todas porque refleja su descontento, casi su irritación, con esa supuesta falta de comprensión lectora, atribuida sobre todo a los críticos:

–... Muchas ediciones de *Las siete columnas* se han vendido; muchos años hace que sus sucesivas portadas –más o menos plausibles– figuran en los escaparates. Es la novela mía más difundida y acerca de la que se ha hablado y escrito más. Pues bien: hasta hoy, cuanto he oído o leído a tal propósito conviene en asegurar que la tesis que yo sostengo en esas páginas es la de que la civilización, el bienestar, la felicidad de los hombres, descansan sobre los siete pecados y que sin ellos nos debatiríamos entre ruinas morales y materiales. Esta opinión convierte en heterodoxo un libro que casi es puritano. Y lo que me maravilla es que no se haya discernido su verdadero carácter. La explicación está, sin duda, en que el lector gusta lo que puede haber de divertido en la obra y resbala apenas sobre sobre su sentido fundamental. Evidentemente, en *Las siete columnas* se ofrece un caricaturesco panorama del mundo actual después de haber desaparecido bruscamente los siete pecados capitales. Y todo se desmorona. Pero, o los lectores y los críticos han prescindido del quinto capítulo de la segunda parte, o en él han tenido que ver el diálogo entre Oliván y el anacoreta, que precisa clara y largamente la intención de la obra, y, en ese diálogo, estas frases categóricas con las que el santo varón reprocha a Oliván, que

da al fenómeno la misma interpretación que los lectores. (Fernández Flórez, 1944, 9)

WFF reproduce en ese momento de la autoentrevista los párrafos de *Las siete columnas* que anuncia. Los trasladamos aquí en los mismos términos y con igual extensión, pero transcrita desde la primera edición de la obra. Es la respuesta del anacoreta Acracio Pérez –con la que se identifica WFF– a Florio Oliván, contrariado con los efectos del pacto del eremita con el diablo:

–... no es verdad que el hombre no pueda vivir sino en el mal y por el mal. Serán esta humanidad y esta civilización las que en el mal se fundamenten. Quizá se hayan nutrido de él todos los hombres y todas las civilizaciones que hasta hoy pudieron contarse sobre la tierra, con la crueldad por todo freno, la codicia por guía, la soberbia por consejera, la envidia por acicate, mancillando el amor, adulando al fuerte, glorificando a Caín, humillándose a Creso... Pero es joven aún la humanidad; su infancia no ha terminado todavía. En el misterio profundo de los siglos que han de venir esperan acaso hombres mejores que sabrán extraer del bien toda su felicidad y su progreso. Debe existir esa civilización venturosa, aún muy lejana, junto a la cual será estremecedora barbarie la que hoy ha fracasado... (Fernández Flórez, 1926, 316-317)

Las declaraciones que Fernández Flórez se hace a sí mismo, tras copiar los argumentos de Acracio frente a Oliván procedentes de la novela, terminan con una clara reafirmación.

–Si se lee este capítulo [quinto de la segunda parte de la novela], resulta diáfano lo que yo he querido afirmar: que somos así, pero que no debemos ser así. Y ¿sabes qué más?

–¿Qué más?

–Que me enferman las interviús. Buenas noches.

2.2. CRÍTICOS MIOPEs

En el prólogo de *Las novelas del espino en flor* (1940), WFF alude, con afirmaciones muy parecidas a las expuestas en la autoentrevista de *La Estafeta Literaria*, a esa falta de coincidencia entre autor y público sobre el significado de *Las siete columnas*.

–Aprovecho la rara ocasión de hablar de mis propias obras para corregir el error de algunos críticos miopes que han supuesto que en esta novela propugno la tesis de que sería imposible la vida social humana sin la intervención frecuente de los siete pecados capitales como motor de nuestras acciones. Nada más lejos de mi intención, y creo que es precisa toda esa somnolencia espiritual que ataca a muchos críticos para no enterarse de lo que está claramente expuesto en el último capítulo, en el diálogo entre el ermitaño y Oliván. Lo que sí digo es que, en la lenta corrupción de la verdadera y única moral, de la moral cristiana, al través de interpretaciones y tolerancias, se ha llegado a considerar como virtud lo que, en su fondo, es vicio, y se utiliza la fuerza de las malas pasiones como elemento motriz de la sociedad. Pero no quiero insistir en esto por no ofender la facultad comprensiva de quienes –no siendo críticos– lean estas páginas. (Fernández Flórez, 1940, 12)

Contrasta esta revisión obsesiva de WFF en torno a *Las siete columnas* con las aclaraciones, pero en sentido contrario, que hace Bernard de Mandeville [véase la nota número 4] en el prefacio de la *Fábula de las abejas* (1705). Mandeville escribió ese prólogo para la reedición de su polémico opúsculo, en el que deseaba demostrar la “imposibilidad de una sociedad rica sin vicios”:

Desde que se publicó por primera vez [*La fábula de las abejas*], me he encontrado con varios que han confundido, por maldad o por ignorancia, el diseño original, fingiendo que tenía como objetivo hacer una sátira sobre la virtud o la moralidad, cuando en realidad todo fue escrito para el estímulo del vicio. (Mandeville, 1705, 74)

2.3. DIVINOS MANDATOS

Terminamos con un tercer ejemplo que ilustra de nuevo este interés de WFF por aclarar, pasados los años, lo que quiso decir con la publicación de *Las siete columnas* en 1926. Ya en la primera de las once páginas que conforman el prefacio de sus *Obras Completas* (1945-1964) saca a relucir el asunto, prueba evidente de la importancia que le atribuye:

3. Una conquista militar guadianesca

Alguna vez he prologado mis propios libros (...), llevado por el afán de declarar mis intenciones. Quizá se piense que esto es o redundante o revelador de que el libro es tan confuso o tan imperfecto, que necesita ser completado con observaciones y exégesis de la misma pluma que lo trazó. Mi larga experiencia me inclina a creer, sin embargo, que no debe ser despreciado ningún recurso para facilitar la comprensión de los lectores y muy especialmente de los críticos profesionales. Lo ocurrido con *Las siete columnas* –caso al que me referiré después– me afirma en esta opinión. Aunque quizá lo más recomendable sea lanzar la obra y, si se tiene fe en ella, sumirse en indiferencia acerca de cuanto por el momento le pueda suceder. Pero reconozco que es muy difícil seguir este consejo. (Fernández Flórez, 1945, 9)

Cuando entra de lleno en el caso de *Las siete columnas*, WFF reitera los argumentos ya expuestos en las líneas precedentes, aunque con algunos matices y ampliaciones:

... se afirma generalmente que aspiro a probar que los siete pecados capitales son no solo provechosos, sino indispensables para la felicidad de los hombres, y que en ellos se basa nuestro progreso. Nada más distante de la verdad. Lo que yo quise decir es que las virtudes de nuestros días –o lo que por virtud pasa– están falsificadas, y sus ocultas raíces extraen el jugo, no de la verdadera moral, sino de esos siete pecados que compendian cuantos podemos cometer. Dicho de otra manera: que aún no hemos comenzado a poner en práctica los divinos mandatos; que el fariseísmo hizo crecer su maleza sobre las escuetas y claras ordenaciones de Jesús; que la Era Cristiana no ha comenzado todavía. No es preciso derretirse los sesos para alcanzar esta interpretación. (Fernández Flórez, 1945, 17-18)

A continuación, WFF reproduce el mismo fragmento del diálogo entre Oliván y Acracio transcrito anteriormente. Y concluye: “A mí me parece esto tan claro que no comprendo como se me puede achacar una opinión que se aproxima al cainismo, a no ser que tales críticos dejasen de leer esa página” (Fernández Flórez, 1945, 19).

Además de estas divergencias interpretativas alrededor de *Las siete columnas*, hay un hecho curioso que también apunta hacia un posible caso de censura –o autocensura– en algunas ediciones de la novela posteriores a la primera, salida de imprenta en 1926, como ya hemos indicado antes.

En el capítulo quinto de la primera parte, “Durante el cual veinte hombres gordos están sentados alrededor de una mesa” (la del restaurante “La marmita de oro”), los comensales no solo ponen en práctica y con deleite el ejercicio de la gula, sino que intercambian historias diversas durante el banquete. Constituye probablemente uno de los apartados más logrados del libro, una sátira despiadada sobre la glotonería y los excesos gastronómicos. La afición culinaria es la que ha congregado allí, en “el restaurante más acreditado de la ciudad”, a los insignes miembros del club *Las siete vacas gordas*, presidido por Alberto Truffe. Hay frases lapidarias –nunca mejor dicho– que ilustran ese humor negro (“and even the humour is grim”) que tan a menudo destilaba WFF. No me resisto a subrayar la pronunciada por Marco Massipo, el lugarteniente de Florio Oliván, que anteriormente había sido conserje del cementerio de San Mamed. Oliván mostró “la magnificencia del restaurante” a Massipo, a quien preguntó después su parecer sobre las instalaciones y servicios del establecimiento:

–No está mal esto, señor; es fresco y alegre como la tumba de un niño.

E íntimamente orgulloso de la exactitud de su imagen, se alisó el pelo, que una ráfaga del ventilador le había alborotado, y regresó con Florio al comedor de los glotonos.

Ya estaba allí Guido de Coedere, ceñido en su hermoso traje de colorines, y no tardó en llegar

⁹ El zoólogo Sir Peter Chalmers-Mitchell (1864-1945) tradujo al inglés, en 1934, *Las siete columnas* (*The Seven Pillars*). La cita sobre el humor sombrío de WFF figura en la breve introducción de la obra, en la que Chalmers-Mitchell insinúa que el auténtico vencedor de la historia es el diablo: “The Devil is the Destroyer”. Peter Chalmers-Mitchell narró su experiencia durante la guerra civil española en el libro *Mi casa de Málaga. Memorias de un aristócrata escocés en la España republicana*, publicado por la editorial Renacimiento en 2010. La edición y el prólogo son de Andrés Arenas y Enrique Girón.

Adriana, hermosa y risueña... (Fernández Flórez, 1926, 121-122)

Tras conocer diversos detalles sobre aquella pantagruélica reunión –desde la gordura del tesoro de la sociedad, el señor Crombo, que marcaba 170 kilos en la balanza, hasta unos supuestos casos de canibalismo en Oceanía–, el presidente del club insta al comandante Coedere a narrar la legendaria toma del monte de los Buitres¹⁰. Se trata de una posición conquistada una treintena de veces y otras tantas recuperada por el enemigo.

A lo largo de seis páginas (125 a 131 de la edición príncipe), el ufano Coedere cuenta con pelos y señales las razones de aquella absurda operación militar que, en el fondo, solo fue “el pretexto del que se valió el Estado para recompensar méritos hasta entonces desatendidos”. El objetivo de los combates no era otro que tener ocupado a un ejército de un millón de soldados ociosos frente a un enemigo exiguo, casi simbólico, que no superaba las seis mil personas, contados ancianos y niños. Se organizaron entonces turnos rocambolescos para permitir que todos participaran en las batallas, aunque fuera en tareas de avituallamiento e intendencia, y pudieran conseguir ascensos por méritos de guerra sin aniquilar por completo al reducido bando contrario en el primer enfrentamiento. Era una pura ficción de guerra, una solución estratégica disparatada que, sin embargo, a juicio de Coedere, “honra a nuestros políticos” por su osadía.

La historia se completa con el relato del comandante Coedere sobre cómo consiguió la condecoración denominada Aspas de la Temeridad en una de aquellas escaramuzas. Coedere logró la distinción de forma bastante innoble, gracias al elevado número de víctimas registrado en sus filas. Y lo hizo con la ayuda final de un mutilado que se inmoló

¹⁰ Ya en el capítulo III, “Que refiere lo que pasó una noche en el camarín de Adriana”, se anticipa escuetamente la *hazaña* de la toma del monte de los Buitres por parte del comandante Coedere, quien está en posesión de las Aspas de la Temeridad. Esta medalla era el “supremo galardón que podía concederse a un soldado”. Entre “otras ventajas de índole económica, daba derecho a detener la circulación cuando se quería pasar de una acera a otra de la calle”. También se alude a la batalla de los sastres, en la que la elegancia y compostura de los uniformes de la tropa deslumbra y desconcierta al enemigo, que cae rendido ante la belleza del vestuario castrense del contrincante (Fernández Flórez, 1926, 77).

para que su jefe –que necesita un fallecido más en su lista de muertos para alcanzar el número requerido en las ordenanzas– logre el reconocimiento. “Un pequeño detalle” que WFF describe con magistral y conmovedor humor negro.

No sorprende demasiado, por todo lo dicho, que estas seis páginas del episodio de la toma del monte de los Buitres desaparecieran por completo de la edición de *Las siete columnas* incluida en *Las novelas del espio en flor* (1940). Tampoco figuran en las versiones recogidas en el libro impreso por la Librería General de Zaragoza (1942) ni en el tomo III de las Obras Completas de Aguilar (1945-1964). Hasta tal punto se nota el corte que, en alguna de esas ediciones censuradas, alguien –WFF o sus editores– tuvo que arreglar un párrafo posterior a los eliminados para darle sentido a la frase siguiente. Así, en donde Adriana Sándor –tras escuchar el tragicómico episodio de la condecoración y la muerte del mutilado– se muestra inicialmente “exaltada por la terrible anécdota” contada por Coedere, aparece después –en la versión corregida de las *Obras Completas*– tan solo “exaltada por la admiración” hacia el comandante.

Curiosamente hay ediciones posteriores (Planeta, 1965; Austral, 1979) en las que sí figura la versión original, tal vez porque el impresor partió de la primera edición, con o sin conocimiento del autor.

Estos paródicos episodios bélicos¹¹ no pasaron desapercibidos para algunos críticos, incluso fallecido ya WFF. Según Joaquín Entrambasaguas, “*Las siete columnas* contienen espléndidas muestras del magistral arte de novelar de Fernández Flórez”, pero no están exentas de reparos, especialmente por los episodios relacionados con el ejército:

¹¹ El relato recuerda distintos momentos de la Guerra del Rif y el desastre de Annual (1921), enfrentamiento sobre el que WFF escribió en diferentes ocasiones. *La conquista del horizonte* (1932, Madrid, Editorial Pueyo) incluye un capítulo dedicado al viaje de Fernández Flórez a Marruecos, donde aún apreció los efectos de “esa guerra desorientada y extraña que hemos sostenido durante tanto tiempo”. En el artículo “Trucos y sofismas de la política” (26.11.1922) WFF recrea un diálogo imaginario entre los españoles y sus gobernantes, supuestamente interesados en conocer los anhelos de los ciudadanos:

El pueblo levanta su sombrero agujereado para rascarse una oreja.

–Pues deseo... deseo... Verdaderamente me gustaría que fuesen castigados los políticos responsables de la catástrofe de Annual.

Menos alabanzas merece la topiquista posición antimilitarista de la batalla de los sastres, bien rectificada en obras posteriores por quien debió su vida, como tantos otros a nuestra guerra de Liberación. La torcidísima y pobre interpretación, sin alas, de la hazaña de Guzmán el Bueno –repetida en nuestros días por el heroico general Moscardó, de inolvidable memoria–, aplicada a un antepasado del duque del Océano Atlántico, o los comentarios al coleccionar y saber de espuelas, bastantes flojos para cualquier mediano aficionado. (Entrambasaguas, 1966, 768)

Entrambasaguas, que hace otras objeciones de diversa índole a *Las siete columnas*, menciona la batalla de los sastres como ejemplo del antimilitarismo de WFF, pero no alude a la toma del monte de los Buitres ni a las Aspas de la Temeridad. El episodio de la batalla de los sastres al que se refiere Entrambasaguas (véase la nota 11), también narrado por Coedere en el capítulo tercero de la primera parte, recibe tal nombre por la victoria lograda por un ejército de soldados que acuden a combatir con uniformes de gala. El caudillo enemigo, al encontrarse de frente con “tantos y tantos hombres artísticamente vestidos, enarboló la bandera blanca de la rendición, como reconocimiento ante un espectáculo castrense “tan extraordinariamente bello”.

La obra elegida por Entrambasaguas para su antología “Las mejores novelas contemporáneas” (Planeta, 1966), de cuyo estudio preliminar proceden las anteriores palabras, fue *El bosque animado*.

Sobre las pocas simpatías de WFF hacia la milicia, al menos antes de la guerra civil, hay numerosas muestras en sus libros –*Los que no fuimos a la guerra* (1930), *Aventuras del caballero Rogelio de Amaral* (1933)– y en distintos análisis publicados en torno a su obra. A Fernández Flórez, “parece molestarle casi todo de los militares, empezando por la forma de vestir que, asegura, no ha podido comprender en su vida”. (Díaz-Plaja, 1998, 99).

Tanto el actor Fernando Fernán Gómez como el periodista Eduardo Haro Tecglen hablaron y escribieron en distintas ocasiones de la paradójica situación vivida por WFF tras la guerra civil española:

Ahora que han ganado los míos, ya no puedo escribir”. Me lo dijo un día a la puerta de su casa, donde me despedía. (...) Contó su tiempo sórdido

y oscuro, y lo denunció, hizo que España se riera de su propia máscara siniestra y encontró que, cuando creyó ganar, había perdido. Un destino de español. (Haro, 1985)

“Lo curioso”, señalaba Fernán Gómez, “es que él era también un hombre absolutamente de derechas, pero con una literatura absolutamente disolvente, de izquierdas, libertaria, antimilitarista, defensora del amor libre...” (Galán, 1997, 114).

4. Éxito editorial

La primera edición de *Las siete columnas*, publicada por la Editorial Atlántida de Madrid en 1926, está ilustrada en la cubierta con un dibujo del artista gallego Federico Ribas que representa al demonio tal como se describe al inicio de la novela de WFF. “Satanás apartó entonces las manos, que casi ocultaban sus mejillas, y dejó ver su rostro, bello y triste. Por su voz y sus enormes alas de murciélago pareció correr un estremecimiento (Fernández Flórez, 1926, 13).

El diablo, quien junto con el ermitaño Acracio Pérez es el desencadenante de toda la historia, apenas aparece explícitamente en dos momentos de la obra. Lo veremos en el capítulo previo, “En el que Satanás da un paso cuyas consecuencias nadie advertirá hasta la segunda parte de este libro”, y en el VII y último de la primera parte de la novela, “Donde el diablo se decide a realizar el acto más importante de su historia”. Ese suceso no será otro que la eliminación de las tentaciones y de los pecados capitales, por petición expresa del anacoreta.

De esa primera edición, salida de los talleres de la Imprenta Artística de Sáez Hermanos de Madrid, se tiraron dieciséis mil ejemplares, agotados en apenas unos meses, según la publicidad realizada en la época por Atlántida. La editorial presentaba el libro como “obra cumbre del maestro de humoristas Wenceslao Fernández Flórez”. “Veinte mil ejemplares vendidos en menos de un año”, añadía el anuncio, “dan idea del éxito obtenido por esta obra cumbre de la literatura contemporánea”. De la tercera edición se lanzaron veinticuatro mil ejemplares, siempre según la misma fuente.

Se hicieron ediciones sucesivas de *Las siete columnas* a lo largo de los años. En casi todas las cubiertas aparece la figura de Satanás, a veces en

solitario y, en otras ocasiones, situado junto a los pilares que simbolizan los pecados capitales. También se publicaron algunas versiones ilustradas. En 1936, la Librería Ameller de Barcelona sacó una con seis dibujos de Bosch. Ese mismo año, el Círculo de Bellas Artes de Madrid hizo otra edición con cuarenta y siete grabados de Federico Ribas. La novela fue distinguida con el Premio Nacional de Literatura, hecho consignado en las portadas de algunas de esas ediciones.

5. Dos mundos contrapuestos

Como ya hemos señalado, la obra está estructurada en dos partes, reflejo de dos sociedades antagónicas: la dominada por las pulsiones relacionadas con los pecados capitales –el único entorno conocido hasta entonces– y la resultante de la desaparición temporal de las tentaciones. Este último mundo, al cabo de cinco años de experiencia, se ha convertido en desolado escenario de una sucesión de miserias y fracasos, en el reflejo de una existencia casi vegetativa, rodeada de hastío y desesperación.

5.1. VIDAS DE PECADORES

La primera parte, además del anticipo que narra el encuentro entre el eremita y el diablo, al que ya nos hemos referido, incluye siete capítulos, cada uno con título propio. A lo largo de doscientas páginas, WFF va desgranando las vidas de los principales personajes de la historia: el magnate Archibaldo Granmont, el empresario Florio Oliván, la actriz Adriana Sándor, el banquero Teófilo Alp, el comandante Guido de Coedere, el crítico literario Héctor Azil. Sus pasiones y peripecias, sus inquietudes y esperanzas, están vinculadas a alguno de los pecados cardinales.

A través de este peculiar elenco conoceremos el culto al progreso, representado por el deseo humano de volar. Ese anhelo constituye un desafío para la incipiente industria aeronáutica, actividad con la que se entusiasman algunos inversores locales deseosos de ganar dinero con su apoyo al ingeniero Lawel y los sabios rivales Sike y Noke. Tendremos noticia asimismo de los efectos del desarrollo industrial, fuente de riqueza para los privilegiados, pero con nefastas consecuencias para los hombres y mujeres que habitan en el imaginario lugar de Negrimia, enclave siderúrgico y minero que alguien

describe como el “paisaje más ingrato de todo el planeta”. De este lugar saldrá la trágica historia de Abdías Marzán. Y aquí creará haber encontrado al amor de su vida el potentado y mecenas Granmont, quien, tras ser rechazado por la joven Constanza, reflexiona sobre el dilema entre progreso material y bienestar humanos: “Se triunfa dolorosamente sobre la materia; pero nadie sabe cómo se evitan los peligros dolorosos del alma”.

Pasión y deslumbramiento sintió también Adriana hacia el comandante Coedere, quien, bajo los ropajes militares con los que recitaba sus épicas batallas, escondía un ser celoso y violento. Enterado Oliván de esta circunstancia no dudó en socorrer a Adriana –su oculto amor de juventud– y desenmascarar a Coedere, quien lo reta a duelo: “... usted, que maltrata a las mujeres, es un cobarde”.

5.2. REALIDAD Y DESEO

Inesperadamente, un buen día, todos estos seres marcados por el amor y el odio, la opulencia y la pobreza, la glotonería y el hambre... se despiertan con una noticia aireada a toda plana en los periódicos: “Los siete pecados ya no turbarán al hombre”. Acracio Pérez, tras su pacto con el diablo, recibe una sugerencia de Satanás, quien le anima a ir a la ciudad y proclamar el cambio: “Desde el mismo instante que tú lo anuncies comenzará la vida nueva que deseas”, le asegura el demonio.

Fue una conmoción general y delirante. Los caudillos socialistas hicieron saber, por el portavoz de sus diarios, que la decisión de Satanás equivalía al triunfo de los ideales del partido y que, por esta razón, aunque siempre habían tratado al demonio con evidente menosprecio, no tenían inconveniente en alabar su conducta en tan señalada ocasión y en reconocer que, sin su inesperado auxilio, la confraternidad humana tardaría muchísimas centurias en ser algo más que una aspiración atormentante. (Fernández Flórez, 1926, 201)

Sin embargo, aquel retorno al paraíso resultó ser un espejismo. En los cinco capítulos de la segunda parte del libro asistiremos al derrumbamiento del mundo anterior. Al cabo de un lustro sin tentaciones ni pecados cerraron las fábricas, llegó la bancarrota, aparecieron la miseria y el hambre en las calles, los antiguos carnívoros se convirtieron en

austeros vegetarianos, se disolvió el ejército ante la ausencia de guerras y hasta el rey buscó en vano a alguien que quisiera llevar su corona. Una profunda sensación de desastre y tristeza terminó con las ilusiones: “Nada de lo que fuesen viejas pasiones humanas movía ya los corazones de ahora”.

También descendió alarmantemente la natalidad y los diarios especulaban con “la probable desaparición del género humano”. La idílica relación sentimental de Adriana y Florio, formalizada tras la separación de Coedere, se fue al traste: “Mi enfermedad no es más que tedio”, confesaba la antigua actriz: “Ahora estamos siempre como en una mañana fría e inacabable”. Un panorama desolador que recuerda los versos de Mandeville en *La fábula de las abejas*: “... vivir con comodidad, / sin grandes vicios, es una vana / utopía asentada en el cerebro. (...) / La sola virtud no puede llevar a una nación a vivir / en el esplendor; aquellos que quieran revivir / la Edad de Oro deben liberarse/ tanto de las bellotas como de la honradez” (Mandeville, 1705, 71).

Ante tanta desazón, Florio no dudó en acusar a Acracio (“Tú has destruido la felicidad de los hombres”) de ser el causante de tantas desgracias, fruto de su acuerdo con Satanás. Esa conversación entre ambos, de la que ya nos ocupamos antes, aparece en el capítulo quinto y último de la segunda parte. Es el mismo diálogo al que alude con insistencia WFF para justificar la intención de la obra, que él reduce a la esperanza depositada por el anacoreta en un futuro mundo mejor, libre de pecados y más feliz:

Debe existir esa civilización venturosa, aún muy lejana, junto a la cual será estremecedora barbarie la que hoy ha fracasado. (...) Hay algo que anuncia la realidad de esa dicha remota: nuestro deseo de que sobrevenga. Todo lo que les ha sucedido a los hombres fue antes un deseo de los hombres. (Fernández Flórez, 1926, 317)

No piensa igual que Acracio esa legión de peregrinos que camina hacia la Peña Negra para exigirle a Satanás el retorno al pecado y a la tentación. El ermitaño observaba aquel “inacabable desfile de las criaturas infortunadas, y la piedad y la tristeza anegaban su dulce corazón. De pronto, con una decisión conmovida, incorporose a los rezagados y salió con ellos de la ciudad”. ¿Con qué propósito? ¿Para sumarse a sus peticiones, lo que resultaría

paradójico, o para hacerles ver a aquellas huestes que estaban ante un grave error? Esa respuesta solo pueden darla los lectores –y los críticos– de *Las siete columnas*, todos y cada uno de ellos, que han sido muchos a lo largo de este último siglo.

6. Conclusiones: el nombre de la cosa

Pocas veces se empeñó tanto WFF –autor de al menos un centenar de libros impresos entre 1910 y 1964– en explicar el sentido de una novela suya como lo hizo con *Las siete columnas*. Insistió en ello, y enmendó la plana a los supuestos disidentes y errados, con *teimosía* galaica. Sin descartar que diera a conocer alguna de estas justificaciones con anterioridad –hemerotecas y archivos siempre nos dan sorpresas–, en nuestras pesquisas solo hemos localizado esas justificaciones a partir de los años cuarenta del siglo xx, cuando ya habían transcurrido casi tres lustros desde la publicación de la obra, en 1926. ¿Por qué lo hizo entonces y no en su momento? El volumen apareció en plena dictadura militar de Miguel Primo de Rivera (1923-1930), pero no fue hasta el inicio del franquismo, régimen dictatorial que hizo bandera de la religión católica en su *cruzada*, cuando Fernández Flórez se puso abiertamente del lado del eremita Acracio y proclamó que otro mundo era deseable y posible. Un mundo con ausencia del mal y del pecado, inspirador de una venidera “era cristiana” aún sin estrenar.

Se ampara el autor en que todo lo demás, ese clamor humano –al final de la novela– en favor de la vuelta a la tentación como fuente de vida y prosperidad, es solo sátira y caricatura, parodia, ficción. Son muy respetables, obviamente, las aclaraciones *a posteriori* de WFF, al margen de las razones últimas que las hayan originado. Sin embargo, no parecen coincidir con las impresiones ni las conclusiones a las que ha llegado la mayoría de los lectores de *Las siete columnas* desde su publicación.

Recuperamos, para ilustrar la afirmación, un ejemplo reciente: un artículo periodístico aparecido el 10.9.2021 en distintos medios del grupo Prensa Ibérica, entre ellos *La Nueva España* de Oviedo. Se difundió bajo el título “El obispo de Solsona y el diablo. El prelado enamorado de una escritora de novelas eróticas”, a propósito del dimisionario de la diócesis de Solsona (Lleida). El firmante, José

Manuel Ponte, alude a *Las siete columnas* y ofrece este resumen personal del libro, claro reflejo de su recuerdo como lector:

El escritor Wenceslao Fernández Flórez publicó en 1926 una novela, *Las siete columnas*, en la que quiso hacer un relato humorístico de los siete pecados capitales (lujuria, gula, pereza, ira, envidia, avaricia y soberbia), que son en realidad los apoyos en los que se sustenta una sociedad próspera y civilizada. Para demostrarlo nos cuenta los tratos que hubo entre el anacoreta Acracio Pérez y el Diablo. El llamado Lucifer se queja del olvido en que va cayendo su figura y acaba por aceptar la petición de Acracio para que se supriman los siete pecados capitales. Tremendo error. Sin el concurso de los vicios más estimulantes, el interés mundano decae gravemente y hay que pedir, incluso con tumultuosas manifestaciones, el regreso del pecado.

Más allá de los mensajes doctrinarios y de las intenciones que cada uno quiera o sepa ver en *Las siete columnas*, esta historia, como otras muchas de WFF, refleja –además de la dualidad de mundos enfrentados– una mirada abierta y comprensiva del escritor hacia importantes conflictos sociales y políticos de la época. Leeremos alegatos y burlas contra la inoperancia de la milicia y condenas explícitas al maltrato de la mujer –la brutalidad de Coedere contra Adriana–. Veremos admiración por la libertad femenina –la firme independencia de Azucena, honrada y pobre, frente a los ofrecimientos y lisonjas del poderoso Archibaldo–. Apreciaremos compasión con el dolor melancólico, como el que sufre la esposa de Abdías, Donata, quien siente el tormento de un grillo dentro de su cabeza. Oiremos quejas por la infelicidad y el sufrimiento que el capitalismo industrial provoca en muchos seres humanos.

El relato ofrece subtramas deliciosas, breves cuentos dentro de la novela. Toda la historia des-

prende un sutil humor oscuro, como el paisaje de Negrimia, que forma parte del estilo peculiar de Fernández Flórez. Encontraremos lirismo y ternura en medio del desasosiego y de la huida. Hallaremos todo eso y mucho más, pero el autor solo parece interesado en subrayar con cierta amargura que la crítica y los lectores no han entendido lo que él ha querido transmitir con la parábola de los pecados capitales.

“Tenemos el nombre, pero no tenemos la cosa”, afirma el acaudalado Archibaldo Granmont cuando se empeña en inventar alguna palabra con la que sorprender a su llegada a la RAE, donde acaban de hacerle miembro de número “después de haber pagado la edición de lujo de todos los clásicos”. Aquí nos pasa al revés, tenemos la *cosa* –esa interpretación tardía, tan subjetiva y discutible, que hace WFF de *Las siete columnas*–; tenemos la *cosa*, decía, pero nos falta el dato necesario, o el atrevimiento preciso, para ponerle nombre: ¿Autocensura con retardo? ¿Arrepentimiento literario? ¿Acto de contrición? ¿Convencimiento sincero de una intención narrativa mal comprendida? ¿Acomodación del discurso a las circunstancias, por conveniencia?

Dejamos las preguntas en el aire, abiertas, con la esperanza de que las respuestas estén flotando en el viento o en la carpeta de un archivo olvidado. Nuestro propósito ha sido buscar algunas claves y, sobre todo, dar la palabra al autor: recopilar los testimonios de WFF sobre una de sus obras más originales, inquietantes y mejor logradas. Inevitablemente, permanecen entre interrogantes las dudas que plantean sus comentarios y añadidos posteriores. Quienes tengan la suerte de no haber leído aún *Las siete columnas* (Martí de Riquer envidiaba a quienes no conocían el *Quijote* porque todavía podían descubrir el placer de su lectura), siempre dispondrán de esa oportunidad. Será un buen momento para caer en la tentación libresca, ponerse las gafas del diablo e indagar con libertad, y sin prejuicios, en las posibles explicaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, C. L. [Cándido]. (1995). *Memorias prohibidas*. Barcelona: Ediciones B.
- BOUZALMATE, H. (1995). *Prensa y humor en la España del primer tercio de siglo XX: Wenceslao Fernández Flórez y Marruecos*. Tánger: École Supérieure Roi Fahd de Traduction.
- CHALMERS-MITCHELLS, P. (1934). *The Seven Pillars*. Londres: Macmillan & Company.
- DÍAZ-PLAJA, F. (1998). *Wenceslao Fernández Flórez. El conservador subversivo*. A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza.
- ENTRAMBASAGUAS, J. (1966). *Las mejores novelas contemporáneas*. Tomo x. Madrid: Editorial Planeta.
- FERNÁNDEZ-FLÓREZ, W. (1940). *Las novelas del espino en flor*. Madrid: Ediciones Españolas.
- FERNÁNDEZ-FLÓREZ, W. (1945-1964). *Obras Completas*. Madrid: Aguilar.
- FERNÁNDEZ-FLÓREZ, W. (15.7.1944). *¡No, no más interviús!* Madrid: *La Estafeta Literaria*.
- FERNÁNDEZ-FLÓREZ, W. (1956). *Mis páginas mejores*. Madrid: Gredos.
- GALÁN, D. (1997). *La buena memoria de Fernando Fernán Gómez y Eduardo Haro Tecglen*. Madrid: Alfaguara.
- GÓMEZ-SANTOS, M. (1958). *Wenceslao Fernández Flórez. Pequeña historia de grandes personajes*. Barcelona: Ediciones Clíper.
- HALCÓN, M. (1985). W. F.-F. ABC, 16.2.1985.
- HARO TECGLEN, E. (1985). *La paradoja como método*, *El País*, 11.2.1985.
- LONGUEIRA MORIS, A. (2014). *Wenceslao Fernández Flórez. Formación autodidacta de un cronista parlamentario (1885-1917)*, Madrid: Congreso de los Diputados.
- LLANO, P de. [Bocelo]. (1985). *Wenceslao Fernández Flórez. El escritor y su obra*. A Coruña: Concello de A Coruña.
- MANDEVILLE, B de. (1705, 2018). *Antología*. Julio Seoane (Ed.). Madrid: Tecnos.
- MAINER, J-C. (1975). *Análisis de una insatisfacción: las novelas de Wenceslao Fernández Flórez*. Madrid: Editorial Castalia.
- MAINER, J-C. (1985). *Fernández Flórez, diez años después*. César Antonio Molina (Ed.). *Wenceslao Fernández Flórez (1885-1985)*. Concello de A Coruña, pp. 13-19.
- MAINER, J-C. (2003). *Otra vez sobre Fernández Flórez: Unas razones y algunas sugerencias*. Fidel López Criado (Ed.). *Wenceslao Fernández Flórez y su tiempo: evasión y compromiso en la literatura española de la primera mitad del siglo XX*. Concello de A Coruña, pp. 11-18.
- MATURE, A. P. (1968). *Wenceslao Fernández Flórez y su novela*. México D. F.: Ediciones de Andrea.
- PENA LÓPEZ, J. A. (2003). *Wenceslao Fernández Flórez y la tradición liberal. Las siete columnas (1926)*. Fidel López Criado (Ed.). *Wenceslao Fernández Flórez y su tiempo: evasión y compromiso en la literatura española de la primera mitad del siglo xx*. Concello de A Coruña, pp. 129-138.